

EL PSICOANÁLISIS POLÍTICO

Miguel Escobar Guerrero

En este trabajo desarrollo los principales planteamientos con que Roger Dadoun aborda su propuesta de psicoanálisis político¹. Su estudio es de gran relevancia por situar al psicoanálisis en el campo de lo social, y mostrar cómo el énfasis dado por la mayoría de los psicoanalistas a la “práctica psicoanalítica” – clínica y terapéutica – exenta al psicoanálisis de su compromiso tanto en los procesos de elaboración teórica como de su injerencia en el ámbito social. Para desarrollar esta investigación, Dadoun se apoya en las siguientes figuras: un triángulo psicopolítico constituido por masa, jefe y sujeto; una triada pulsional formada por la pulsión sexual, la de apoderamiento y la de muerte; un trío de discusión, más que “discursivo”, en donde se permita escuchar la voz pública, la voz institucional y la voz del inconsciente

Un triángulo psicopolítico: Masa, jefe y sujeto

Roger Dadoun toma el *triángulo edípico*, en donde se conjuntan madre, padre e hijo –en un juego estrecho de relaciones libidinales– y lo extrapola para identificar un *triángulo psicopolítico*, en donde entran en juego los tres elementos básicos de la realidad social: la masa, el jefe y el sujeto. A partir de la identificación de estas relaciones, establece una analogía entre, por un lado, la masa y la madre, el jefe y el padre, el sujeto y el hijo y, por otro lado, entre la masa y el ello, el jefe y el súper Yo, el sujeto y el Yo. *La masa: regresión y alucinación*. Para Dadoun la palabra masa es el concepto fundamental del psicoanálisis político y tiene dos acepciones ideológicas distintas: en singular, usado en contextos políticos

¹ Roger Dadoun, *La Psychanalyse Politique*. París. PUF. 1995.

conservadores o “de derecha” tiene una connotación peyorativa, mientras que en plural, en contextos políticos “de izquierda”, las masas son definidas como el lugar en donde se encuentran los actores dinámicos y soberanos de la historia y la vida política. La masa evoca una gran cantidad de campos semánticos: muchedumbre y colectivo, grupo, comunidad, pueblo, clase, alguien o gente. Cabe recordar que Freud habla de dos masas artificiales o convencionales: la Iglesia y el Ejército.

Para el análisis de la masa, Dadoun parte del hecho de que la masa es el otro nombre dado a la horda freudiana –el “animal de horda”, el “hombre de masa”, el “hombre de las multitudes”– o sea, una transformación de la horda primitiva que representa lo originario y lo primordial en el hombre. En los seres humanos existe el deseo de retornar a su origen, de “fundirse dentro de la masa”, pues se parece a un yacimiento en donde se encuentran los precursores de dos pulsiones sexuales: el apoderamiento de la muerte. A través de éstos el sujeto busca fusionarse a la masa, debido a que le proporciona el bienestar de la unión que necesita para volver a su origen: el seno materno en donde sólo existía bienestar y seguridad. La identificación que el sujeto hace de la masa, tiene un papel determinante en la medida en que busca unirse con ella: perderse en el otro, en el grupo, entregarse a ella. Pero la masa está siempre a la espera de su orfebre, del jefe.

El jefe: señuelo y sublimación. La relación que se establece entre el jefe y la masa no es solamente de complemento, sino además, simbiótica, ya que el jefe y la masa se alimentan y se nutren mutuamente, asumiendo y sintetizando todos los roles libidinales: paternal y maternal, fraternal y filial, infantil, masculino y femenino. El jefe representa para la masa un poder paternal fálico y establece con ella –a la que “posee” y violenta– una relación de tipo sexual que se puede comparar con las fantasías primarias del ser humano (la escena primitiva).

El sujeto permite que la masa le proyecte los objetos que necesita para su nutrición. El jefe, por su parte, está investido de una potencia inmensa, a través de la cual se oculta para deslumbrar y alucinar a la masa, para manejarla de forma inconsciente: el yo, el yo-placer, el yo-realidad y el ideal del yo. El jefe hace lo que quiera con la masa, aprovechando que ésta busca siempre glorificarse con él pues le atribuye y concede todo tipo de poderes: leyes, censuras, alabanzas, castigos y recompensas. Para la masa, el jefe es casi un dios de justicia que todo lo domina y lo controla bajo su ojo furioso.

El sujeto: división e inseguridad. Según Dadoun, en el psicoanálisis político no hay nada más gratificante que el término "sujeto", que se constituye en su objeto de estudio, el más delicado y apreciado. El sujeto debe identificar y desenmascarar la voz del jefe, para resistir y definirse ante la manipulación y el dominio que lo cercan, tanto desde el mundo externo (campo de lo político) como desde su mundo interno (campo del inconsciente). En este punto Dadoun establece una analogía entre el sujeto clínico y el político para afirmar que el sujeto debe encontrar en sí mismo los recursos de su emancipación: es en su interior donde el sujeto político determina y libera los medios para acceder a su autonomía.² Aquí, sin embargo, al sujeto le es muy difícil constituirse como tal, pues se encuentra aprisionado entre la masa y el jefe. La masa lo jala hacia ella, hacia lo más bajo, y, de alguna forma, lo atrapa, lo "ingiere" y aniquila. El jefe –según Dadoun– es el poder y como tal toma al sujeto, lo atrapa por la violencia o por la seducción, camuflándose en una forma sutil de dominio sublimado y mortífero. El sujeto fácilmente cae en sus redes y se deja tomar y dividir, especialmente cuando el poder es totalitario, pues la relación que se establece entre la masa y el jefe llega a tomar proporciones monstruosas, ocupando todo el espacio social en donde se aniquila y aprisiona al sujeto como presa de resentimientos, presa desgarrada entre

su necesidad de integrarse a la masa y sus sentimientos de repugnancia y de vergüenza por haberse dejado atrapar y convertir –dentro de la masa– en una bestia entre las bestias. Para estudiar al sujeto, en el psicoanálisis político se define una racionalidad basada en la vida emocional y se aportan algunos conceptos para desafiar al sujeto a encontrarse consigo mismo –en una totalidad que incluya su vida emocional– para permitirle así, analizar el hundimiento a que está sometido por la masa, es decir, las trampas emocionales engañosas a que se expone. Pero este camino estrecho y precario se construye en las tierras movedizas de la dominación y la sumisión, en donde el sujeto se encuentra a merced de retrocesos, abandonos y caídas a las que nadie escapa. Por ello esta tarea parece inviable: *¿será posible, pregunta Dadoun, mantenerse a distancia de la masa y del poder, a buena y justa distancia?* El sujeto es convocado por el psicoanálisis político para asumirse como tal, identificando y rechazando los poderes perversos contenidos en las expresiones políticas cotidianas, aprendiendo a conocer, entre otras cosas, la estructura fantasmal del jefe y sus efectos devastadores.

Una triada pasional: apoderamiento, sexualidad y muerte

El pensamiento freudiano identificó la estructura dualista y conflictiva de la psique. Según Dadoun, su expresión paradójica se alcanza en la lucha inexplicable que enfrenta en el mundo interno a dos “potencias celestiales”: “el eros eterno” y “su adversario no menos inmortal”, tánatos: pulsiones de vida y pulsiones de muerte, fundamento de toda la construcción analítica. La pulsión sexual ha nutrido una abundante literatura, mientras que la de la muerte se somete de forma constante a rudas inhibiciones. Para Dadoun existe una pulsión más, la del apoderamiento que constituye el eslabón perdido del pensamiento político de Freud. Con este planteamiento suscita un debate que será

intenso ya que, de acuerdo con Dadoun, para el psicoanálisis político la pulsión de apoderamiento es el camino que conduce al inconsciente.

Pulsión de muerte: las cuentas abiertas. Dadoun sostiene que abrir un libro de historia griega, romana, china, inca, turca o francesa, es contemplar los lazos terribles que existen entre el poder y la pulsión de muerte. Para quien se resista a admitir que existe y que triunfa en el corazón de la psique humana un impulso de la muerte, basta una mirada seria sobre la realidad política para cambiar su punto de vista. Uno puede identificar fácilmente el deseo que impulsa al hombre para ir al encuentro de lo inanimado, al encuentro de la muerte como tal, la que sigue llenando solapadamente de cadáveres la historia del ser humano con los interminables flujos de sangre y aniquilamiento. No es necesario emprender profundos análisis de la situación del mundo actual para encontrar pruebas irrefutables que muestren con claridad que un sistema político –y un político– se pueden juzgar tomando en cuenta el número de muertos que produce, pues éstos son el testimonio “vivo” de la alianza que se establece entre él y la pulsión de muerte: espectáculo espeluznante que vemos cada día en las carnicerías humanas realizadas en las ciudades devastadas por la guerra, en los campos de muerte, los suicidios, la delincuencia, las adicciones, las enfermedades, los accidentes y la violencia cotidiana.

Pulsión sexual: un acoso salvaje. Otro criterio del psicoanálisis para comprender la política es el tratamiento de la pulsión sexual. Para Dadoun ésta es un hecho cotidiano desconsolador y terrible, con sus extensos programas llevados a cabo con el fin de regular y, sobre todo, estrangular la sexualidad. En términos generales, en los sistemas políticos se percibe la sexualidad como un desafío y una forma de resistencia al ejercicio de su dominio. Por lo tanto, quienes toman las decisiones en un sistema político saben que la pueden utilizar como potencial libidinal que les permita

controlar y explotar en su beneficio. La *opresión sexual* es el camino en donde se le cobran al sujeto las “facturas emocionales” pendientes: el miedo, la vergüenza, la culpabilidad, la angustia. La *represión sexual* se ejerce por medio de las leyes, las instituciones, las reglas y las presiones sociales, los códigos morales y religiosos. Todo esto está a la vista, ostensible para que se conozca y se pueda elaborar un juicio serio y preciso de la “calidad de vida” de la sociedad, con todas sus consecuencias morales y políticas que pueda conllevar. Para Dadoun es impresionante comprobar tanto la realidad de la fuerza mortífera (linchamientos, lapidaciones, mutilaciones) como el ensañamiento compulsivo (ningún detalle íntimo se escapa) al que se llega para determinar el acoso salvaje a la sexualidad: condenas a las relaciones fuera de la institución, denuncias a prácticas llamadas “perversas”, a la masturbación, a la homosexualidad. Por ello, el psicoanálisis se aparta de la acción encubierta o militante de quienes asumen una ideología moral, política o puritana en la sexualidad humana. *Pulsión de apoderamiento: una fuerza “anterior a la primera”*. La pulsión de muerte y la sexual son dos fuerzas inconscientes primarias a que el psicoanálisis político agrega, para su estudio, la de apoderamiento, considerándola como una fuerza anterior a esas dos. La pulsión de apoderamiento está siempre ahí, precede a cualquiera otra ya que no existe nada sobre lo cual no imponga su poder ni extienda su imperio. El apoderamiento fundamenta y sostiene todo el imperio del ser humano.

El apoderamiento para Dadoun es el primer gesto del ser viviente: vivir es tomar, tener, agarrar, retener, arrastrar, poseer, “instinto de posesión”, de dominio, “pulsión de dominio”. El apoderamiento forma parte de lo más elemental, lo más primitivo del ser humano; es la pulsión misma, alrededor de la cual se enreda y se agarran la pulsión sexual y la de la muerte. Dadoun señala que son muy escasos los estudios del apoderamiento y por ello cita los trabajos del psicoanalista húngaro Imre

Hermann. Él, en *El instinto filial* aborda la noción de apoderamiento, de aferramiento o reflejo de sujetar. Su trabajo permite comprender cómo el ser humano, después de perder a la madre, continúa indefinidamente en busca de un cuerpo de donde agarrarse, de un pelo al cual pueda engancharse. El psicoanálisis político encuentra aquí un instrumento a la vez simple y eficaz pues no existe ningún comportamiento sociopolítico que no sea definido por un apego o adhesión –apoderamiento–, fidelidad, fe hacia organizaciones, doctrinas, hombres, imágenes.

La política ofrece a la pulsión de apoderamiento según Dadoun, un gran terreno de acción ya que es expresión y “ejercicio de la pulsión de poder y de la pulsión para el poder”, encontrando aquí una línea directa y brutal, un camino permanente al acto en donde el poder impone su imperio, lo arrastra, lo engancha. Esto es lo cotidiano de todo poder.

Un tri-discurso: inconsciente, institución, público

El psicoanálisis político trabaja y se mete entre los discursos pues los políticos no se cansan de hablar continuamente, y por ello permiten que se analice su discurso en el terreno pulsional, como expresión del inconsciente.

Palabras inconscientes. En este punto, Dadoun dice que las técnicas para el análisis del discurso elaboradas por Freud tanto en *La palabra de espíritu y su relación con el inconsciente*, como en *La interpretación de los sueños*, son de gran ayuda para el estudio del discurso político. El jefe se caracteriza por las relaciones particulares que, a través del discurso político, establece tanto con la realidad (objeto de manipulación) como con la masa, bajo los efectos de la pasión. El discurso político se vincula con la masa y, como discurso del poder, sus palabras deforman lo real, escondiéndolo, falsificándolo, mistificándolo, ocultándolo. Esto le permite a Dadoun plantear que, por lo menos como hipótesis de trabajo, en su

esencia el discurso político es mentiroso, especialmente cuando dice la “verdad” porque ésta siempre será relativa, precaria, recuperada y hundida dentro de las redes pulsionales –poder, sexualidad, muerte– que necesariamente la alteran. El objetivo de toda investigación psicoanalítica será, entonces, seguir los discursos para identificar las marcas, las *huellas*, los caminos que permiten la irrupción del inconsciente, especialmente los que el político presenta como “verdad”, contruidos “sinceramente”, “con toda responsabilidad”. Siguiendo las huellas del discurso, podrá descubrirse también que la mentira política es aproximación a la verdad, a otra verdad –palabra del inconsciente– que proyecta grandes resplandores para entender las estructuras de la sociedad y del poder.

Dadoun afirma que el psicoanálisis político puede parecer simplista: uno no desea más que el poder, esto se llama “ambición”; uno avanza a fuerza de golpes y bajezas, esto se llama “realismo”; uno se regocija con el poder, esto se llama “responsabilidad”; uno lo conserva por todos los medios, esto se llama “grandeza”. Pero no es así, lejos de ser simplista, el psicoanálisis político muestra la claridad que existe entre tantas confusiones, señalando las motivaciones inconscientes, los finos e interminables engranajes en que quedan atrapados el individuo y la sociedad, los gobernados y los gobernantes, las masas y los jefes. El psicoanálisis devela la forma como la política juega con la ilusión, la alucinación, la mistificación, y se apoya para ello en la pulsión de apoderamiento, definida como fuerza primordial del inconsciente. El psicoanálisis político manifiesta los lazos indisolubles que existen entre las pulsiones y la realidad: los engranajes que nunca terminan y en donde se atrapa el individuo y la sociedad, los sujetos y los gobernantes, las masas y los jefes. Pero aquí el psicoanálisis se encuentra con un obstáculo: muestra, como ningún otro análisis, que lo político devela la ilusión, las alucinaciones, la mistificación, metiéndose debajo de las garras de la

pulsión de apoderamiento que arrastra muerte y sexualidad en sus irresistibles movimientos.

Lenguas de la institución. El discurso político cubre una gran variedad de "dialectos". Toda institución elabora y preserva un lenguaje que le es propio, "palabras comunes", "jerga auténtica" que busca validar su estructura, su función, su comunidad, su identidad. Debajo de cada una de las palabras pasan los signos de reconocimiento, signos que son pistas del inconsciente lanzadas por el sujeto. El psicoanálisis político se prepara a identificar, inventariar, desmontar esta "jerga", estas "listas de palabras de los cuerpos constituidos, el lenguaje incoherente que habitan dentro de las instituciones.

El psicoanálisis político no desprecia las vastas formaciones sintéticas en donde lo político y lo inconsciente se enlazan mutuamente, como son: el dinero, el derecho, y la utopía. El dinero, que se iza al rango de potencia universal, llega a las puertas de lo absoluto. Éste fue uno de los primeros y más profundos descubrimientos de Freud quien demostró los lazos íntimos que se dan entre el oro y el excremento, es decir, la estructura anal inconsciente del dinero. Este análisis, dice Dadoun, permite definir el carácter anal e individual de una "cultura anal" que se ve limitada cuando el dinero se convierte en el medio universal de intercambio y de dominio en la totalidad del universo. El psicoanálisis político toma en cuenta la relación entre libido anal, la pulsión de apoderamiento y el tipo de racionalidad que el dinero impone. El derecho sigue los pasos de una racionalidad análoga: se formulan leyes que, aunque son abstracciones, se aplican a la realidad. Dadoun, citando *El amor del censor*, de Pierre Legendre, habla de la carga libidinal sutilmente violada por el derecho; analiza el "poder" para mostrar la forma como éste toca el nudo del deseo dentro de un sistema jurídico que es una "gran farsa social", "una

sexología para asegurar y justificar el poder de los jefes". En cuanto a la utopía, Dadoun² señala:

"La utopía es conocida por su construcción artificial, evasión o fantasía, que busca, especialmente, darle forma a todos los deseos: amor, comunidad, autarquía, inmoralidad, darle vida a un deseo de racionalidad o de irracionalidad como deseo que la misma razón tendría dificultad de razonar. La utopía conduce a una doble operación: en su proyecto manifiesta e incluso excita la racionalidad, reintroduce el deseo y, al mismo tiempo, lo reconoce como formación del inconsciente, rechazando la imagen de este último como lugar privilegiado de lo irracional, otorgándole al concepto de razón –acostumbrado a desear poco– un aire nuevo que precisamente hace parte de lo extraño de las construcciones utópicas".

Lo Público de los discursos. Para Dadoun, la línea que enlaza a la familia con la humanidad bajo el signo de la culpabilidad y de "la eterna querrela entre amor y deseo de muerte", la analiza Freud cuando afirma que "aquello que comenzó con el padre se termina con la masa". El "padre", políticamente, siempre está presente y la masa conduce al sujeto a asumir la figura omnipresente y universal de lo público. El sujeto es el destinatario del discurso a través de los medios de difusión: lo público, para Dadoun, es la *masa comunicativa* –llena de mensajes y entregada al adiestramiento, la saturación y la desvergüenza–, la que está sometida al inconsciente, a los perversos efectos de lo político; sin embargo, la masa es capaz de transformar y de regresar los mensajes recibidos, de absorber y "negociar" las presiones ejercidas, marcar una distancia crítica frente a los discursos de los poderes que la manipulan y la condicionan.

La imagen de lo público es para Dadoun³ inseparable del "engaño de la imagen" y, tomando de *La falsa palabra*, de Armand Robin, dice que la imagen "es utilizada dentro de temibles operaciones de dominación mental".

² *Op. Cit.* p. 121.

³ *Op. Cit.* p. 123-124.

Sin duda la televisión contribuye a *domesticar* –de *domus*, hogar– “al pueblo de televidentes”, nuevo avatar de la masa. Pero para el psicoanálisis político, la imagen constituye un instrumento fantástico, el sueño de los divanes, de incoercible profilaxis. De la misma manera que el análisis del sueño de permitió a Freud desarrollar de forma artesanal e individual su revolución psicoanalítica, la profusión de imágenes que aparecen en las pantallas, los flujos y líneas de fuerzas inconscientes, que ahí se diseñan y se muestran a la vista de todos y de nadie –palabras, lapsus, mímicas, gestos, incidentes, actos, escenas que van y vienen, que surgen por todos lados– ofrecen al psicoanálisis político prodigioso e invaluable material que sabrá analizar: algo de valor incalculable para la construcción de una nueva *psicopatología de la vida cotidiana*, como si fuese un espejo que refleja al infinito la luz del *malestar de la cultura* y el *porvenir de la ilusión*. Sin embargo, existen claridades insólitas proyectadas sobre la figura del poder: todos los totems y tabúes que ponen al desnudo.